



COLEGAS

Realidad y consecuencia de una España multilingüe y pluricultural

por M^a Jesús Palop*

A finales de octubre de 1987, el Parlamento Europeo votó una resolución en favor de las lenguas minoritarias y de su promoción en el campo de la enseñanza, de las relaciones sociales y de los medios de comunicación social. En abril del año 1988 aprobó dotarlas con 1 000 000 de ecus (140 000 000 de pesetas) para favorecer su difusión. El respeto de la plenitud de derechos de las microlenguas, sancionado en el artículo tercero del Título preliminar de nuestra Constitución, es algo todavía más teórica que fácticamente garantizado en España.

Una dura y sistemática represión de toda manifestación de las lenguas vernáculas durante la etapa franquista las redujo a lenguas domésticas, en algunos casos, privativas de una clase social baja, llegando incluso a suprimirse sus expresiones literarias y culturales. Ésto trajo como consecuencia la dificultad que buena parte de españoles tiene para escribir en su propia lengua.

El hecho es que en España se hablan distintas lenguas, aparte del castellano, usado y conocido también prácticamente por todos los que tienen otra lengua. El Estado de las Autonomías brotado de la Constitución de 1978 reconoce la realidad multilingüe y la existencia de nacionalidades con su identidad propia. Éstos son cambios de implicaciones profundas, de las que la mayoría de los españoles no tienen plena conciencia.



No podemos olvidar que el bilingüismo describe realidades muy distintas en las regiones españolas. Tienen todas una característica común: existe en cada una de ellas una minoría, más o menos numerosa, monolingüe en castellano. Las razones son diferentes. En Cataluña son los protagonistas de la inmigración interior de las pasadas décadas. En el País Vasco, aparte de los inmigrantes, son también vascos de origen, pero que viven en zonas desde hace siglos castellanizadas. En Valencia, su historia nos hace recordar que los límites lingüísticos no coinciden con la división política actual (la franja interior nunca ha sido valenciano-parlante). En Galicia la lengua ha marcado las diferencias de clase: el gallego se consideró una lengua de clase baja, así que los de la clase alta hablaron sólo el castellano (fenómeno que los socio-lingüistas llaman *diglosia*).

Además, la proximidad genética con

el castellano favorece el bilingüismo en Cataluña, Baleares, Valencia y Galicia, mientras es más duro ser bilingüe en euskera, lengua prerrománica y preindoeuropea.

Es sabido que ni por razones de índole lingüística ni por razones socio-políticas resulta pertinente hablar de bilingüismo en Asturias o en Aragón. Sin embargo, no todos estarían de acuerdo con esta afirmación. Para muchos, asistimos a una época de resurrección del dialecto, al igual que en otros lugares de Europa. Pero, más allá de polémicas no resueltas, es evidente que junto a las lenguas nacionales hay testimonios vivos de la dialectización del latín en la Península Ibérica.

El riesgo de las imposiciones lingüísticas

En Cataluña y en el País Vasco, la realidad lingüística no se puede sepa-

rar de la derivada de las masivas migraciones interiores, y por tanto de la integración lingüística, cultural y social de los hijos de estos emigrantes de la España castellana en una sociedad bilingüe y con sentimientos de identidad nacional divididos. La conducta y actitudes lingüísticas de la comunidad inmigrante y de sus descendientes tienen mucha importancia para el futuro de esas lenguas: su lealtad al castellano o su incorporación al uso de la lengua autóctona determinará la realidad multilingüe. El bilingüismo oficial en cinco comunidades autónomas va a excluir del mercado de trabajo a graduados universitarios y técnicos medios de las regiones de habla castellana que antes ocupaban puestos no ocupados por los nativos en las nacionalidades bilingües. Este proceso se extiende a la enseñanza, a la universidad y a la investigación, lo que puede estar agravando el problema del paro universitario. Las generaciones que ya han terminado sus estudios o están terminándolos no han vivido la normalización lingüística (uso por igual de las dos lenguas) durante su período de formación, por lo que probablemente se encontrarán en una competencia desigual con la siguiente generación de origen autóctono, que domina mejor la lengua distinta del castellano. Este sector de la juventud va a encontrar nuevas oportunidades en su región, en algunos casos con ventajas, dado su dominio de la lengua local.

Hay problemas claros derivados del contacto de lenguas en el mismo territorio. Corremos el peligro de la imposición por los poderes autonómicos de una lengua, sin considerar las diferentes situaciones. Esto no sería muy distinto del uniformismo centralista y autoritario que impuso el castellano, pero ahora dentro de cada comunidad autónoma. Los españoles hablamos, leemos y escribimos en diversos idiomas, y esto no lo pueden olvidar los gobernantes. Pero tampoco pueden ignorar que no todos los que viven en el territorio de cada comunidad autó-

noma entienden o hablan la lengua propia de la comunidad. Es más: que esa lengua no es la suya propia.

El bilingüismo en porcentajes

En Cataluña, del total de la población joven, el 96% entienden el catalán; el 76% lo hablan; el 75% lo leen; sólo el 66% lo escriben. En Galicia, el 95% de los jóvenes entienden el gallego; el 75% lo habla; sólo lo lee el 56%, y lo escribe el 47%. En el País Vasco los datos son más homogéneos, dada la lejanía entre el euskera y el castellano; lo entienden el 45% de los jóvenes; lo hablan el 31%; lo leen el 35%, y lo escriben el 32%. (Es evidente que la mayoría de los jóvenes que conocen el euskera lo han aprendido formalmente, y no en la familia o con los amigos). El polo opuesto de esta situación lo encontramos en Valencia, donde el 75% de los jóvenes entienden el valenciano, pero lo hablan el 46% y sólo lo leen el 32% y lo escriben el 23%. En la población adulta de Cataluña, el 76% conocen su lengua, pero sólo para el 43% es su lengua principal, por encima del castellano. En el País Vasco, se puede decir que un tercio de la población conoce el euskera (exceptuando un máximo del 58% en Guipúzcoa), pero sólo el 20% lo habla como primera lengua. En Galicia prácticamente toda la población conoce su idioma, pero la mayoría son analfabetos funcionales, es decir, a la hora de leerlo y escribirlo. Esto mismo ocurre en el País Vasco, pues el 60% de los que hablan vasco pertenecen al sector agrícola, donde no es preeminente el uso del lenguaje escrito.

Para algunos, la coexistencia de dos lenguas en un mismo territorio es un hecho anormal, y esta situación desemboca en el desplazamiento de una lengua por otra. Pero el objetivo de los responsables no ha de ser éste, sino facilitar el que todas las personas que viven y trabajan en una comunidad autónoma manejen con igual naturalidad ambas lenguas. Para eso es ne-

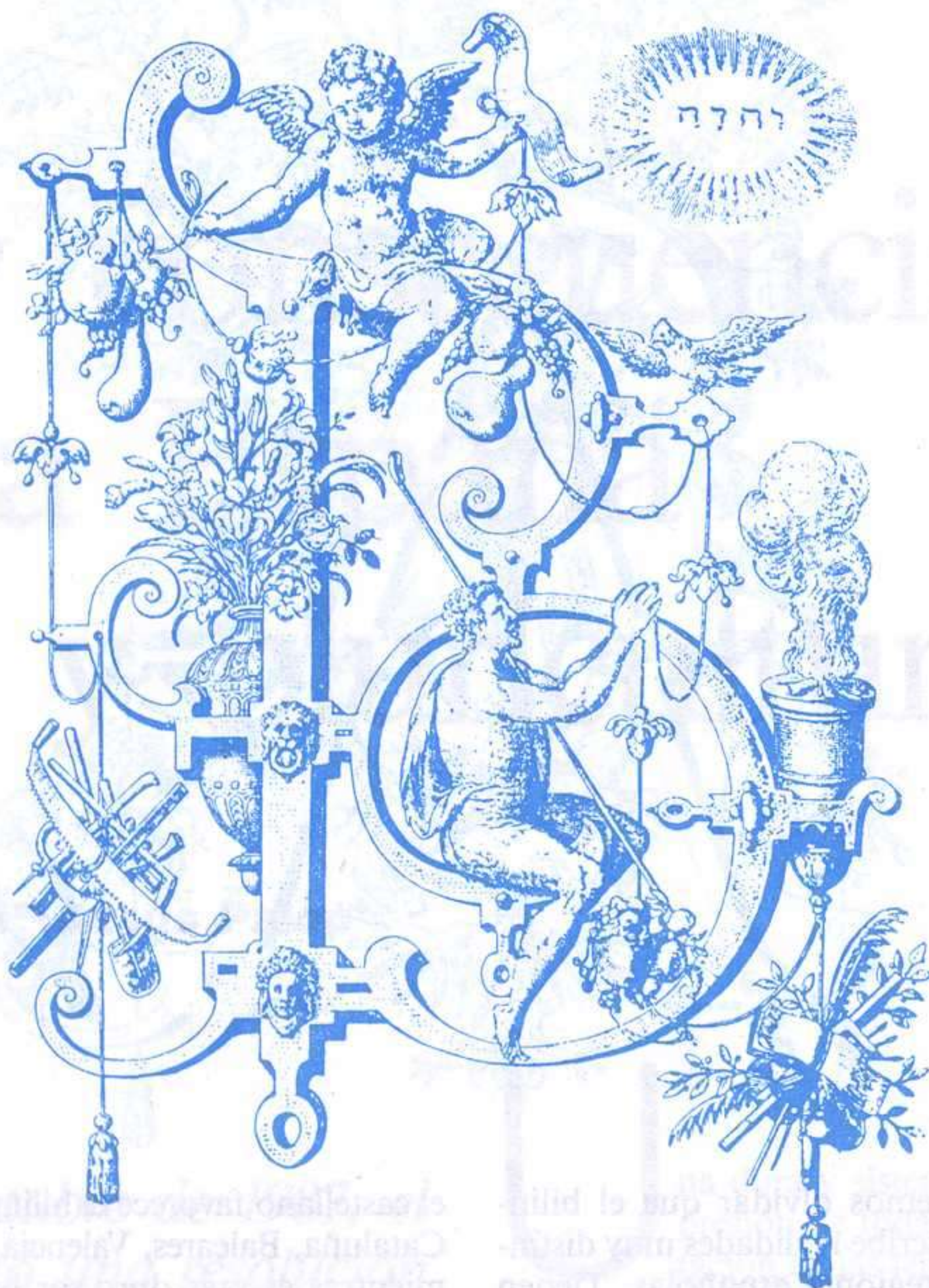
cesario que se pongan a disposición de los que quieren aprender el idioma autóctono los mismos medios y posibilidades que tienen los castellano-parlantes. Es una realidad constatada que la mayoría de los jóvenes que entienden una lengua distinta del castellano la han aprendido en su casa: en Baleares, el 84%; en Galicia, el 71%; en Valencia, el 64%; en Cataluña, el 53%, y en el País Vasco, el 48%.

Monolingüismo familiar y bilingüismo social

Los idiomas se pueden adquirir en cualquier momento de la vida, pero fundamentalmente el aprendizaje tie-

ne lugar en el contexto familiar, durante la infancia. Pocos hogares aparecen como claramente bilingües: o hablan el castellano o la lengua autóctona. Se podría decir que la familia tiene una tendencia monolingüe, mientras que otros ámbitos sociales son más bilingües.

Mientras que las relaciones familiares tienen un elemento adscriptivo en el que no cabe la libre opción, las relaciones de trabajo y centros de enseñanza están condicionadas por la estructura social. Así como en Cataluña, y en menor medida en el País Vasco, los problemas derivados del bilingüismo y de la política lingüística están ligados al problema de la integración de



los inmigrantes de habla castellana y de sus hijos, la problemática lingüística en Galicia, y en parte en Valencia, gira en torno a las diferencias en el uso de la lengua autóctona y del castellano por parte de las distintas clases sociales, y a las actitudes de las élites frente a las lenguas. La vigencia del gallego alcanza a la casi totalidad de su población, pero se imponen sanciones sociales a su uso fuera del ámbito íntimo o coloquial. Es un indicador de clase y expresa la subordinación de lo gallego a lo castellano. En el sistema escolar se aprecia también esta marginación: los escolares de habla gallega tienen un rendimiento un 40% inferior al de los que hablan castellano, y tienen seis veces menos posibilidades de llegar a la universidad.

Las mismas características de coexistencia desigual de dos lenguas se observan en Valencia. A nivel social, la comunidad autónoma es bilingüe porque al menos la mayor parte de sus miembros se manejan en alguno de los ámbitos lingüísticos (entender, hablar, leer y escribir) en ambas lenguas. Pero el castellano domina en ámbitos de competencia lingüística del valenciano.

Dimensión instrumental de las lenguas

Uno de los grandes temas conflictivos en las sociedades multilingües es el papel que se le asigna a cada una de las lenguas en el sistema educativo: la obligatoriedad o libertad de una y de otra lengua. Otro problema complicado, de los más graves, suele ser el que se refiere a los enseñantes. La disponibilidad de profesores preparados en una u otra lengua, y las fórmulas para prepararlos y para asignarlos a los lugares de enseñanza. Los cursos de reciclaje no pueden solucionar, en un término breve, las deficiencias actuales.

Las lenguas tienen, además, una dimensión instrumental. Unas y otras son más útiles para conseguir un buen trabajo, para el ascenso social y para el progreso en los estudios. La cuestión

radica en cuál de las dos es más importante para conseguir este objetivo. Se quiere hacer ver el interés de aprender la lengua autóctona para no verse económica, social o profesionalmente postergados.

Se está produciendo un cambio en las regiones donde se infravaloraba la lengua vernácula: la cooficialidad de los idiomas reconoce la necesidad de saber las dos lenguas para conseguir un buen trabajo y progresar. La rigidez del mercado de trabajo, la construcción y expansión de las administraciones públicas autonómicas en manos de los nacionalistas, la enseñanza de estas lenguas en todos los niveles educativos, la puesta en marcha de

las televisiones autonómicas... explican esta tendencia al uso de la lengua autóctona en los sectores más progresistas y dinámicos. Pero hace falta también modificar los hábitos lingüísticos, tanto de habla como de lectura y escritura, para fortalecer un bilingüismo sin desequilibrios. Hay que evitar la «guerra de las lenguas». Y para esto es necesario que todos los españoles admitamos la cooficialidad de tres lenguas respectivas, junto con el castellano, en tres —respectivas— comunidades autónomas. ■

* M^a Jesús Palop es socióloga. Artículo extraído de la revista *Alacena*, nº 8. Primavera 1988. Ediciones S.M.

